

Sainte-Amaranthe murió la penúltima, Sartines el último, viendo caer durante un suplicio de tres cuartos de hora la cabeza de su querida, la de su cuñado, que quería como si fuese su hijo, la de su madre política y la de su esposa. Había muerto para todos los sentimientos de este mundo ántes de sucumbir bajo la cuchilla.

Aquella carnicería irritó al pueblo contra Robespierre. El crimen de sus enemigos recaía sobre él. No le creían tan decaído en la influencia de los comités para permitirles suplicios que no deseaba; no le creían sobre todo tan cobarde para tolerar crímenes que reprobaba. Los que esperaban en él se indignaron, sus amigos se aturdieron, y sus enemigos se animaron; les había dado el secreto de su debilidad, y redoblaron la ferocidad, cubriéndole durante cuarenta días de la sangre que vertían. El no se atrevía ni á aprobar ni á desaprobado este acrecentamiento de asesinatos, luchando en vano bajo la responsabilidad del Terror. La opinión lo rechazaba todo sobre su nombre; situación cruel, intolerable y merecida; lección eterna para los hombres populares, sobre los que la justa posteridad acumula todos los crímenes contra los cuales no se han atrevido á protestar.

V

El lenguaje de Robespierre en los Jacobinos durante aquellos cuarenta días se resentía de la opresión de su alma. Su estilo era vago, oscuro y ambiguo como su situación, no comprendiéndose si acusaba á los comités por su rigor ó por su indulgencia. Tan pronto vituperaba la moderación, como tan pronto la crueldad. Sus palabras con dos cortes amenazaban siempre sin herir nunca, teniendo en suspenso su ira, y no se adivinaba si descargaría sobre los verdugos ó sobre las víctimas. Un hombre político que no se atreve á explicar sus miras, se enajena á la vez los dos partidos.

«Es tiempo, ciudadanos,—dijo al fin, pocos días ántes de la crisis,—de que la verdad haga oír en este recinto acentos tan libres y tan varoniles como los que ha hecho resonar en las importantes circunstancias de la revolución. ¡Irémos como los conspiradores á concertar en los escondrijos oscuros (alusión á los conciliábulos de Clichy) los medios de defendernos contra los pérfidos esfuerzos de los malvados? Denuncio á los hombres de bien un sistema que tiende á sustraer á la aristocracia de la justicia nacional, y á perder á la patria hiriendo á los patriotas. Cuando las circunstancias se desenvuelvan, me explicaré con más claridad. Ahora digo lo suficiente para los que me entienden. Nadie tendrá poder bastante para impedirme que manifieste la verdad en el seno de la Representación nacional y de los republicanos. No está en el poder de los tiranos y de sus seides inutilizar mi valor. Que se esparzan libelos contra mí; yo siempre seré el mismo. Si se me obliga á renunciar parte de las funciones de que estoy encargado (la oficina de policía), aún me queda la cualidad de representante del pueblo, y haré una guerra á muerte á los tiranos y á los conspiradores.»

Aquellos tiranos y aquellos conspiradores vagamente designados en estas palabras eran Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois, Barere, Carnot, Leonardo Bourdon, Vadier y todos los miembros de los comités. Estos no se atrevían á aparecer en los Jacobinos desde que Robespierre reinaba allí solo, ó permanecían, si iban,

silenciosos para espiar y denunciar sus palabras. Le acusaban al salir de querer insinuar al pueblo la existencia de un foco de complots en la Convención, y de predicar la necesidad de una depuración violenta é insurreccional como la del 31 de Mayo.

Algunos días después, Robespierre se explicó más abiertamente; se presentó como víctima y llamó sobre sí mismo el interés y casi la piedad de los patriotas. «Estos monstruos —dijo— entregan al oprobio á todo hombre de quien temen la austeridad de costumbres y la inflexible probidad. Tanto valdría volver á los bosques, que disputarnos así los honores, la fama y las riquezas de la república. Nosotros no podemos fundarla sino por instituciones protectoras, y estas instituciones no pueden asentarse sino sobre las ruinas de los enemigos incorregibles de la libertad y de la virtud. Pero estos malvados no triunfarán,—continuó;—es necesario que estos cobardes conjurados renuncien á sus complots, ó que nos arranquen la vida. Sé que ellos lo intentarán, todos los días lo intentan. ¡Pero el genio de la libertad protege á los patriotas!»

Aquellos acentos apasionaban vivamente el pequeño número de jacobinos que se estrechaban á su alrededor cada noche. Estos hombres resueltos estaban prontos á marchar con Robespierre al objeto que les indicase, y aún se adelantaban al impulso que les daba. Su impaciencia aspiraba abiertamente á una insurrección; conjuraban á su dueño á que nombrase sus enemigos, jurando sacrificarlos por su causa. Buonarotti, Lebas, Payan, Couthon, Fleuriot-Lescot, Henriot y Saint-Just no cesaban de reprenderle sus contemplaciones y sus escrúpulos. El pueblo estaba pronto á levantarse á su voz y depositar en sus manos el poder y la venganza. Robespierre continuaba en rehusar la dictadura con una inexplicable obstinación. El nombre de faccioso le causaba horror, decía. La sombra de Catilina se levantaba siempre delante de él. En la Convención respetaba la patria, la ley y el pueblo. La idea de atentar por la fuerza á la Representación y mostrarse de este modo el violador de aquella soberanía nacional que toda su vida había profesado le parecía una especie de sacrilegio. No quería contaminar con la usurpación ni su virtud republicana ni su memoria. Más quería ser, añadía, la víctima que el tirano de su patria; deseaba sin duda el poder, pero lo quería dado, no robado. Fuertemente creía en sí mismo, en el poder de su palabra y en su inviolabilidad popular; no dudaba arrancar á la Convención, por sólo la fuerza de la verdad y de la persuasión, aquella autoridad que no quería destrozar disputándola por la mano tumultuosa de una sedición; pensaba que la república reconocería por sí misma la supremacía del genio y de la integridad. Idolo de la opinión, elevado por la opinión, adulado, deificado hacía cinco años por ella, quería que sólo la opinión le proclamase la última palabra y el primer hombre de la república. «Desgraciados los hombres—repetía muchas veces á sus amigos—que resumen en sí mismos la patria, y que se apoderan de la libertad como de sus bienes propios. Su patria muere con ellos, y las revoluciones que se apropian no son más que cambios de servilismo. ¡No, nada de Cromwell,—decía continuamente,—aunque sea yo!»

En aquel pensamiento, Robespierre preparaba lentamente por toda arma un discurso para la Convención; discurso en que batiría á sus enemigos, dejando solamente descubrir á las miradas del pueblo sus tramas y su propia integridad. Retocaba á placer aquel discurso, tan teórico como una filosofía, tan apasionado como

la revolucion. Reasumia en él con la pluma de Tácito el cuadro de todos los crímenes, de toda la corrupcion, de todos los peligros que degradaban, manchaban ó amenazaban á la república. Hacía resaltar con una alusion continua la responsabilidad de nuestros desastres sobre el gobierno y los comités. Hacía los retratos tan semejantes y tan personales de los vicios de la Convencion, que no quedaba más que darles el nombre de sus enemigos. En fin, concluía vagamente pidiendo la reforma de las instituciones revolucionarias, sin especificar cuáles fuesen, y provocaba á la Convencion á reflexionar.

Aquella conclusion, más imperativa que si la hubiera formulado él mismo en un decreto de muerte contra sus enemigos, debía arrancar resoluciones más terribles contra sus envidiosos, y poderes más absolutos para él mismo que los que él hubiese formulado. La tiranía tiene su pudor, es necesario que se le haga violencia. Lo que se le da va siempre más allá de lo que ella se atrevería á pedir.

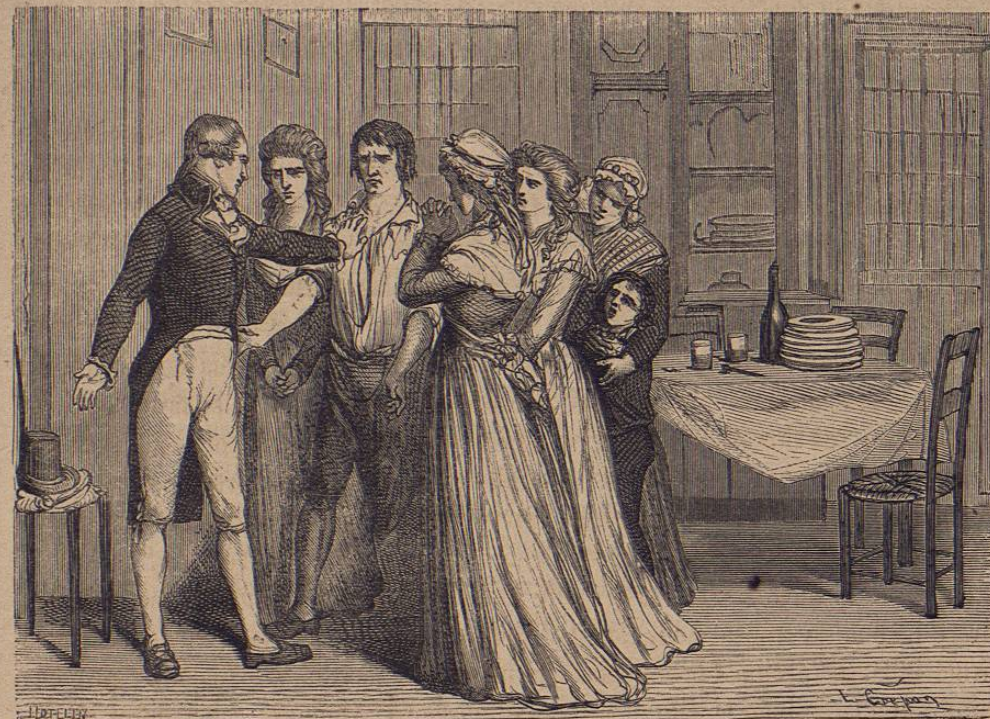
Este discurso estaba dividido en dos partes, y debía ocupar dos sesiones. En la primera, Robespierre tronaba sin herir y designaba sin nombrar. En la segunda, que reservaba para replicar si alguno tuviese la audacia de responderle, salía de la nube y lucía como el relámpago, y ceñía hombre á hombre y cuerpo á cuerpo á los miembros hostiles de los comités; especificaba las acusaciones y los crímenes, nombraba y sellaba, hería y arrastraba desde la tribuna al cadalso á los culpables que permanecían hasta entónces en la sombra. Para este uso había bosquejado en las notas secretas de su policía los retratos destinados á aquella fiesta pública. Armado con sus dos discursos, Robespierre esperaba la lucha con confianza; sus contrarios empezaban á desconfiar. Ninguno tenía en su consideracion personal la fuerza para luchar cuerpo á cuerpo con el ídolo de los Jacobinos; sabían que el pueblo le permanecía fiel, y su ascendiente intimidaba á la Convencion. La muerte podía caer á la menor señal suya sobre todas las cabezas. En aquella perplejidad, Barere insinuó la transaccion. Collot-d'Herbois hablaba de mala inteligencia, y el mismo Billaud-Varennes pronunciaba la palabra concórdia, y los comités propendían á humillarse bajo el solo efecto de su ausencia. Algunos negociadores officiosos se interpusieron para evitar un rompimiento. Legendre acariciaba; Barras, Bourdon, Freron y Tallien fomentaban casi solos la aspereza de su odio y el fuego de la conjuracion.

VI

Entre tanto, las negociaciones habían venido á parar en una entrevista entre Robespierre y los principales miembros de los dos comités. Consintiendo en encontrarse en el comité de salud pública, Couthon, Saint-Just, David y Lebas se vieron con Robespierre. Las fisonomías estuvieron contraidas, los ojos bajos y las bocas mudas. Se conocía que los dos partidos, aunque prestándose á una tentativa de reconciliacion, temían al mismo tiempo dejar traspasar sus ideas. Elías Lacoste articuló las quejas de los comités. «Formais un *triumvirato*», —dijo á Saint-Just, á Couthon y á Robespierre. «Un *triumvirato*—respondió Couthon—no se forma de tres pensamientos que se encuentran en una misma opinion; los triunviros usurpan todos los poderes, y nosotros os los dejamos todos.» «Precisamente por eso os acusamos,—dijo Collot-d'Herbois;—retirar del gobierno en un tiempo tan difícil una fuerza como la vuestra, es hacerle traicion y entregarlo á los enemigos

de la libertad.» En seguida, volviéndose hácia Robespierre y tomando delante de él el tono y la accion teatral de un suplicante, manifestó querer arrojarse á sus piés. «Yo te lo suplico en nombre de la patria y de tu propia gloria,—le dijo,—déjate vencer por nuestra franqueza y por nuestra abnegacion. Eres el primer ciudadano de la república, y nosotros los segundos; tenemos por tí el respeto debido á tu pureza, á tu elocuencia y á tu genio. Vuelve á nosotros, entendámonos, sacrifiquemos á los intrigantes que nos dividen, y salvemos la libertad por nuestra union.»

Robespierre pareció conmoverse por las protestas de Collot-d'Herbois. Se quejó de las acusaciones sordas que se esparcían sobre su pretendida dictadura,



Robespierre despidiéndose de la familia Duplay (8 Thermidor).—Pág. 455.

blasonó de un completo desinterés del poder, propuso renunciar á la direccion de la policía que le motejaban dominar, y habló vagamente de los conspiradores que era necesario ante todo destruir en la Convencion.

Carnot y Saint-Just tuvieron una explicacion muy reñida con motivo de los diez y ocho mil hombres que Carnot había destacado del ejército del Norte, exponiéndolos á todas las fuerzas de Coburgo, para enviarlos á la invasion de la Flandes marítima. «Quereis usurparlo todo,—dijo Carnot.—Desconcertais mis planes, inutilizais á los generales y las campañas. Os he dejado el interior, dejadme el campo de batalla; ó si quereis dirigirlo como todo lo demas, tomad tambien la responsabilidad de las fronteras. ¿Qué será de la libertad si perdeis á la patria?»

Saint-Just se justificó con modestia y se declaró lleno de deferencia por el genio militar de Carnot. Barere se manifestó complaciente. Sólo Billaud estuvo silencioso. Su silencio inquietaba á Saint-Just. «Hay hombres—dijo el joven fanático—que por el sombrío carácter de su fisonomía y por la palidez de su rostro, Licurgo hubiera desterrado de Lacedemonia.» «¡Hombres hay—respondió Bi-

llaud—que ocultan su ambicion bajo su juventud, y juegan al Alcibiades para convertirse en Pisistratos!»

Al nombre de Pisistrato, Robespierre se creyó aludido y se quiso retirar. Roberto Lindet intervino con palabras sábias y dulces. Billaud desarrugó su frente y ofreció la mano á Robespierre. «En el fondo,—dijo,—yo no te he echado en cara más que tus perpétuas sospechas; desisto voluntariamente de las que yo mismo he concebido de tí. ¿Qué tenemos que perdonarnos? ¿No hemos pensado y hablado siempre lo mismo en todas las grandes cuestiones que han agitado á la república y á los consejos?» «Eso es verdad,—dijo Robespierre,—pero inmolaís por casualidad los culpables y los inocentes, los aristócratas y los patriotas.» «¿Por qué no estás tú con nosotros para elegirlos?» «Aún es tiempo—respondió Robespierre—para establecer un tribunal de justicia que no elija, pero que condene con la imparcialidad de la ley, y no por casualidad ó por espíritu de faccion.» La discusion se estableció sobre este principio. Las prendas eran las cabezas de los mejores ciudadanos. Robespierre queria regularizar y moderar el Terror; los demas, declararlo más necesario que nunca para exterminar y extirpar á los conspiradores. «¿Por qué habeis forjado la ley del 22 Prairial?»—dijo Billaud.—«¿Ha sido para dejarla dormir en la cartera?» «No,—respondió Robespierre,—sino para amenazar desde más alto á los enemigos de la revolucion sin excepcion, y á mí mismo si levántase la cabeza por cima de las leyes.»

Se convino, dicen, en entenderse amigablemente sobre la suerte del pequeño número de hombres peligrosos que se agitaban en la Convencion, y sacrificarlos, si eran culpables, á la seguridad de la república y por la concordia del gobierno. Se determinó que Saint-Just compusiese un informe sobre la situacion de las cosas, propio á extinguir en apariencia los disentimientos, y á demostrar á la república que la armonía más completa se habia restablecido entre sus hombres. Se separaron con las apariencias de una reconciliacion.

LIBRO SESENTA.

Engañosa reconciliacion.—Deliberacion de los conjurados.—Los jacobinos y los seccionarios toman á Robespierre por jefe y por bandera.—Síntomas de un nuevo 31 de Mayo.—Primeros dias de Thermidor.—Robespierre permanece separado.—Su peregrinacion á la ermita de Juan Jacobo Rousseau.—El 7 Thermidor.—El 8 Thermidor.—Discurso de Robespierre en la Convencion.—La Asamblea rehúsa que se imprima.—Robespierre en el club de los Jacobinos.—Lee el discurso rechazado por la Convencion.—Su testamento de muerte.—Agitacion.—Manifestaciones tumultuosas.—Payan propone suprimir los comités.—Saint-Just en el comité de salud pública.—Escena violenta.—Collot-d'Herbois y Saint-Just.—Los conjurados se preparan para la crisis del dia siguiente.—Carta de Teresa Cabarrús á Tallien.—Respuesta de éste.—Los diputados de la Llanura indecisos.—Se dejan llevar por los conjurados.—9 Thermidor.—Los jacobinos se preparan para los acontecimientos del dia.—Coffinhal, Fleuriot, Payan, Henriot.—Sesion de la Convencion.—Collot-d'Herbois presidente.—Saint-Just en la tribuna.—Tallien le interrumpe.—Billaud-Varennes denuncia los proyectos de los Jacobinos contra la Asamblea.—Prolongada agitacion.—Ataca á Robespierre.—Es vivamente aplaudido.—Robespierre se lanza á la tribuna.—Clamores de la Montaña.—Tallien quita la palabra á Robespierre y pide la prision de Henriot y que la sesion sea permanente.—Estas proposiciones se votan por aclamacion.—Barere sube á la tribuna y se pronuncia contra Robespierre.—Vadier sigue á Barere.—Robespierre no consigue hacerse oír.—Deja la tribuna.—Le rechazan de todos los bancos.—Vociferaciones.—Tumulto.—Decreto de acusacion contra Robespierre.—Participan de su suerte Robespierre el jóven, Couthon, Saint-Just y Lebas.—Los acusados son conducidos á la barra.—Se suspende la sesion.—Se envia á la cárcel los acusados.—Ejecuciones del mismo dia.—Ejecuciones del dia anterior.—Roucher y Andres Chenier.

I

Los síntomas de reconciliacion que acababan de aparecer en la última entrevista de Robespierre y del comité de salud pública eran engañosos. Apenas Fouché, Tallien, Barras, Fréron, Bourdon, Legendre y sus amigos tuvieron conocimiento de aquellas tentativas de paz, conocieron que sus cabezas serian el precio de la concordia. «Entregadas nuestras cabezas,—dijeron á Billaud-Varennes, á Collot-d'Herbois y á Vadier,—¿qué os quedará que defender? ¿Las vuestras? La tiranía no se disfraza sino para acercarse sin ser apercibida. Cuando le hayais concedido las cabezas de vuestros únicos defensores en la Convencion, la ambicion de Robespierre se aumentará sobre nuestros cadáveres, y os herirá con el arma que le hayais proporcionado.» Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois y Vadier eran demasiado ilustrados por su propio odio para no comprender estos peligros, y juraron que no se concederia ninguna cabeza de la Convencion. Las secretas entrevistas entre los representantes amenazados y los miembros de los dos comités fueron más frecuentes y más misteriosas. De dia se deliberaba, y se conspiraba de noche. Se tramaba la pérdida de Robespierre á pocos pasos de su casa, en la de Courtois, que era bastante animoso para facilitar su habitacion á los conjurados, que le lisonjaban en querer suprimir el Terror.

Por su parte los confidentes de Robespierre le insinuaron que todo paso para